

Poliuto á muerte próspera me llama,
Y los brazos me tiende para asirme.

Corneille no hizo mas que espresar en estos versos, segun dice él mismo, lo que pasaba comunmente en la muerte de los Mártires. Origenes y Tertuliano citan numerosos ejemplos de esto. ¡Y con cuántas esperiencias menos patentes, pero no menos ciertas, no ha experimentado cada fiel, ya sea en su alma, ya en las circunstancias de su situacion, y algunas veces en su cuerpo, los efectos sobrenaturales y hasta milagrosos de la asistencia de los Santos! Y no me refiero solamente á los Santos proclamados tales; pero ¿no hemos experimentado nunca en las relaciones privadas que nos han unido á alguna alma santa, á un padre, á una madre, á una esposa, á un amigo que parecia habernos arrebatado la muerte para siempre, no dejándonos de ellos mas que el perfume de sus virtudes; no hemos experimentado nunca cierta secreta asistencia, una influencia invisible, una direccion saludable que revelaba su celestial intervencion, ofreciéndonoslos por lo comun, mas presentes y mas útiles para nuestro bien, que cuando vivian con nosotros en la tierra? ¿Y no se han dado á conocer todos los Santos á quienes invocamos en la Iglesia, por medio de señales mas patentes, por prendas públicas de su beneficio poder, suministrándonos ellos mismos la prueba canónica y jurídica de sus títulos á este culto que les tributamos?

La vida de los Santos en la Iglesia, su concurso de intercesion y de cooperacion desde los cielos en favor de los cristianos de la tierra, la santa federacion de las almas al través de la muerte, es un hecho con que vivimos todos hasta cierto grado, y que no podria desconocerse sin cerrar los ojos á las mas puras luces de la fé, de la razon, de la naturaleza y de la esperiencia.

Consignada así esta gran doctrina, no nos resta mas que aplicarla á la Santísima Virgen.

Aplicacion de esta doctrina á la Santísima Virgen.

I. La Santísima Virgen hereda esta doctrina con todos los demás Santos. Así como invocamos las oraciones de los que creemos que se hallan en gracia cerca de Dios, así invocamos tambien la suya, para que supla lo que falta á la nuestra. Solamente que la invocamos con preferencia á todos los fieles que viven en la tierra, porque ella está en los cielos; y la invocamos con preferencia á todos los Santos que están en el cielo, porque está ella en lo mas elevado del cielo.

No invocarla con esta superioridad de preferencia, es retirar la razon que tenemos para invocar á los demás Santos, es quitar la razon que tenemos para reclamar las oraciones de los fieles de la tierra, es dejar la razon que tenemos nosotros mismos para orar, es negar la oracion en su ejercicio mas elevado y en su poder superior, es negar el Cristianismo y toda la religion que es oracion. Todo esto es.

El Cristianismo se distingue de todas las demás religiones en que la oracion humana tiene por los méritos infinitos de Nuestro Señor Jesucristo un acceso cerca de Dios, que no tendria por sí misma. *Todo cuanto pidiereis á mi Padre en nombre mio*, ha dicho este Dios Salvador, *os será concedido por El*; mas para conseguirlo, es preciso, no obstante, pedirlo. El mismo, á pesar de ser Dios, pide las gracias que obtiene para nosotros, sin embargo del derecho infalible que tiene para obtenerlas por sus méritos; *intercede* á la diestra de su Padre por nosotros. ¿Cómo se nos habia, pues, de dispensar que pidiéramos y orásemos nosotros mismos despues de El y por El? En una palabra, la oracion recibe su *valor* general, pero no su *dispensa*, de los méritos de Jesucristo; y en su consecuencia, encuentra en ellos su valor general en razon de su valor particular, sin lo cual hallaria en ellos su dispensa.

Siguese de aquí, que el que ora ó pide bien, obtiene lo que pide; que el que ora ó suplica mejor, obtiene mas; que el que suplica perfectamente, obtiene abundantemente.

Ahora bien; siendo por otra parte iguales todas las cosas, el que suplica por sí, suplica bien; el que suplica por los Santos, suplica mejor; el que suplica por la Reina de todos los Santos, suplica de un modo excelente. Y esto por todas las razones que hemos desarrollado en los párrafos precedentes de este capítulo, descartadas de todas las objeciones que se les oponia.

Por bien que hagamos nuestras súplicas, no tienen mas valor particular para con Jesucristo que el que encuentran en nosotros, al paso que por la intercesion de la Santísima Virgen llegan á ser súplicas de la Santísima Virgen. No es esto decir que esta comunion de súplicas nos dispense de orar y de orar bien, puesto que dicha comunion es proporcionada á nuestras súplicas, sino que se suple la insuficiencia de nuestras mejores súplicas agregándoles las de la Madre de Dios.

II. ¿Y cuánta no es la riqueza, el poder, la magnificencia y la superior eficacia de este auxilio comparado con todos los demás?

Un medio seguro tenemos de conocer proporcionalmente el crédito de los Santos para con Dios en el cielo y su caridad para con los hombres, y de calcular, por consiguiente, el crédito y la caridad de la Santísima Virgen; tal es observar lo que fueron para Jesucristo en la tierra, y la parte que tuvieron en la obra de gracia de que El es Autor. Porque, no siendo el reino de Dios mas que la coronacion de esta obra, y no siendo la gloria mas que la florescencia de la gracia, son los Santos en gloria lo que fueron en gracia, son en Jesucristo reinante lo que fueron en Jesucristo paciente. Continúan manteniéndose sus relaciones con El, y estrechándose y confirmándose mas que nunca. Solamente han sido *traspuestos*, tanto en ellos como en El, de la tierra al cielo, del tiempo á la eternidad, con todo el desarrollo de gloria, de grandeza, de universalidad y de poderío que se manifestó en El. En una palabra, Jesucristo subió al cielo, y continúa subiendo en él todo entero, con sus miembros, tales como se le asociaron en el mundo, con su Madre, tal como quiso que fuera para El entre nosotros.

Sobre este principio, aplicable á todos los justos, y que no tiene nada de especial respecto de la Santísima Virgen, sino es que, por una anticipacion de su comun destino, la Virgen está así en el cielo, hasta en su cuerpo, podemos basar el conocimiento exacto de lo que es ella para nosotros cerca de Jesucristo.

Es allí su Madre y la nuestra, tal como la vimos en el mundo. Y además, con la penetracion, la potestad, la caridad, la gloria, propias del cielo, y que ella posee á proporcion de esta relacion y de este ministerio de Madre.

Digo de este *ministerio* de Madre, porque la Maternidad divina en María ha sido un ministerio como los demás ministerios de los Santos, como el ministerio de Precursor en San Juan, de Apóstol de los Gentiles en San Pablo, de Gefe de la Iglesia en San Pedro, de fundadores de Iglesias particulares ó de órdenes religiosas en los Santos que cumplieron esta mision. Y así como estos Santos continúan protegiendo desde lo alto de los cielos, de una manera especial, lo que fué objeto de su apostolado en la tierra, así continúa María desempeñando el ministerio de su Maternidad.

¡Cuánto mas elevado no es, pues, este ministerio que todos los otros! ¡Qué anterioridad, qué universalidad, qué soberanía no lo distinguen! Todos los demás Santos fueron como arroyuelos que distribuyeron en el mundo, con mas ó menos abundancia, la corriente que ya existia, el manantial abierto ya de la vida sobrenatural en Jesucristo. María fué su *Acueducto* total, universal y primitivo; ella sola contuvo lo que todos los demás se repartieron; ¡qué digo! ella sola nos lo *obtuvo*; ella sola atrajo de lo alto del cielo, y abrió é hizo surtir sobre la tierra aquella fuente que *surte hasta á la vida eterna*, y que vivifica y regenera toda la creacion, y nosotros somos abrevados con la plenitud de gracia de que ella fué colmada la primera.

He aquí lo que fué María en la tierra; he aquí, por consiguiente, lo que continúa siendo en el cielo. Porque, lo repito, lo que fueron é hicieron los Santos en la tierra, se continúa en el cielo; y así como cada uno de ellos es bajo Jesucristo el patron de la obra cuyo ministerio le correspondió, así es

María la patrona de toda la obra de Jesucristo; su especialidad es su universalidad.

Ella está con El en la gloria, hemos dicho, en la misma relacion en que estuvo con El en la prueba, y en su consecuencia, en la relacion de *Madre á Hijo*; en aquella relacion que se nos aparece en Belen, en Egipto, en Nazareth, en Canaá, en el Calvario, y que quiso manifestar y consagrar Jesus con tantos y tan prolongados testimonios; con la sola diferencia de que lo que estaba revestido de debilidad ha llegado á ser fuerte, lo que era local se ha hecho universal, lo que era humilde se ha hecho glorioso. En Canaá estaba sentada María al lado de Jesucristo, y para obtener de El su primer milagro, para hacérselo verificar antes de su hora, no tuvo mas que decirle: *No tienen vino*. Igualmente, en el reino de Dios, que es semejante á un *festin* (1), pero á un festin de beatitud que alimenta á todos los escogidos y á que somos todos convidados, se halla María en el mismo lugar cerca de Jesucristo, y se conmueve por nuestros desalientos y carestias, con la misma caridad que la hizo interesarse por los convidados de Canaá, y dice á su Divino Hijo, con el mismo crédito y la misma confianza: Carecen de gracias, carecen de fuerzas, de consuelos, de paz, de virtud, de vida. Y, ¡cuán bien no deben acogerse sus demandas por Aquel que solo es nuestro Salvador, porque es Hijo suyo, y cuyo titulo de reino es el de *Hijo de María ó Hijo del hombre!* Porque, sepámoslo bien, en esta calidad es, y no en la de Hijo de Dios, aunque inseparable de aquella, como reina el Verbo encarnado y se nos aparecerá en la gloria. Esta grande y consoladora verdad es una de las que han salido con mas frecuencia de sus divinos lábios. Sí, El mismo dice, hablando de los escogidos, que les hará sentar á la mesa y tener asiento en su propio trono, que les dará absoluto poder sobre las naciones, así como El lo recibió de su Padre; sí, llegó hasta decir, que El mismo les servirá, y que no obstante ser Dios, hará su voluntad; ¡cuán á su colmo no deben todas estas grandes prerogativas de poder sobre el mundo y de crédito

(1) Matth. XXII, 2.

en Jesucristo, llegar á su colmo en María, que reúne en sí sola la santidad de todos los escogidos, que es su Madre y su Reina, y que es la única de todos que puede decir á su Rey: Sois mi Hijo aquí en el cielo, como lo fuisteis en la tierra; y solo sois mi Rey porque sois mi Hijo!

Y ¡qué otras palabras puede contestarle este Hijo, mas que las que le dirigió figurada y proféticamente por boca de Salomon, hablando á su Madre! «Pide, Madre mia, porque no me es posible negarte nada.» *Pete, Mater, neque enim fas est ut avertam faciem tuam* (1). *Pide*, yo mismo me anticiparé á tus deseos, lejos de hacerte esperar: *pide*, porque estoy apresurado por la necesidad de dar, apresurado como Dios, apresurado como Salvador, y yo mismo soy esa necesidad: *pide*, porque por apresurada que se halle mi misericordia de derramarse y descargarse, no se lo permiten mi santidad y mi justicia, sino á la voz de la súplica, y ninguna súplica tiene la virtud que la tuya; la tuya que, siendo la mas humilde, al par que la mas elevada, es la súplica suprema instituida para con mi caridad, para abrirle el camino, satisfaciendo mi santidad y desarmando mi justicia. Lo que obtuviste una vez de mí, atrayéndome del cielo á la tierra en tu seno virginal para la salvacion del mundo, continúa y no ceses de obtenerlo por el curso y la dispensacion de las gracias que son su fruto; y así como yo he continuado siendo su manantial y los Santos sus arroyuelos, continúa tú siendo su canal, y que continúen pasando por tí todos los bienes que he resuelto dar á los hombres.

III. Estas interpretaciones, cuyo desarrollo ofreceria una infinita riqueza, bastan para justificar la profunda verdad del titulo que se dá á María, de *Omnipotencia suplicante*, *OMNIPOTENTIA SUPPLEX*; Omnipotencia que es tal, sin duda, porque se apoya en los méritos infinitos de Jesucristo, sin los cuales no tendria poder y fuerza súplica alguna; pero que por la perfecta correspondencia á estos méritos divinos y á esta infinita caridad, es la súplica en su poder mas elevado.

(1) III, Reg. II, 20.

¡Cuán bien no surten de las entrañas de la fé católica estos acentos del Dante á María!

«Virgen María, hija de tu Hijo, humilde y elevada mas que ninguna otra criatura... Eres tan grande y tienes tanto poder, que el que quiere una gracia y no recurre á tí, quiere que vuele su deseo sin alas.»

Y cuán no menos inspirado está cuando añade:

«En el cielo eres para nosotros un sol de medio dia, de caridad; y en el mundo entre los mortales, eres un manantial de viva esperanza... porque no solamente socorre tu bondad al que demanda, sino que se anticipa liberalmente á sus ruegos (1).»

Mas aun cuando fuera María, en efecto, omnipotente en el corazon de Jesucristo, para obtener sus gracias, seria en vano para nosotros, si no se sintiera impulsada con igual fuerza á hacer uso de este poder en favor nuestro. Pero, ¡admirable economía! así como es Madre de Dios para obtenerlo todo, asimismo es Madre de los hombres para concedérselo todo: su grandeza es la mano que toma, su bondad la mano que dá. Todo cuanto hemos dicho anteriormente sobre el interés de caridad que se toman los Santos en el cielo por nuestras pruebas y nuestras miserias, se aplica á María en el grado mas superior. María es *Madre*, y ¡Madre de quién? Madre de la misericordia, de la caridad; Santuario y foco del amor divino, en quien ha vuelto á encenderse este amor, cuyo calor hace germinar el fruto de vida; y siendo el objeto de este amor nuestra salvacion, María no es su madre, sino para serlo nuestra. Así como Jesucristo es el *Hijo del hombre*, así María es la *Madre del hombre*. Tenemos sobre su corazon los derechos que ella tiene sobre el de su Hijo; ella nos debe su Maternidad, así como el Hijo le debe su humanidad; y le dirigimos con doble confianza esta invocacion: *Monstra te esse Matrem*: Mostraos Madre, y Madre de las dos partes, Madre de Cristo para obtener, y Madre nuestra para conceder: que acoja por vos nuestras oraciones Aquel que quiso ser Hijo *vuestro para nosotros: vuestro, mas para nosotros.*

(1) Dante, *Paraiso*. Canto XXXIII.

¡Y cuán bien formado se halla el corazon de María para experimentar este doble amor de Dios y de los hombres, para ejercer esta doble Maternidad! Ella que fué predestinada para este ministerio en union con Jesucristo por toda la eternidad; que no fué llamada de entre los pecadores como los demás Santos, sino que fué creada *espresamente* con toda la perfeccion que dá Dios á sus obras, segun su fin; que fué preparada para este efecto, desde antes de su concepcion, con la gracia de que debia ser Madre; que fué despues llamada para dar su consentimiento á esta divina Maternidad, para que llegara á serle propia; que cantó su misterio con acentos que revelan la mas luminosa inteligencia, en la oscuridad mas profunda; que sostuvo sus pruebas y ejerció su cargo durante la vida mortal de su divino Hijo, tan admirablemente; que, sobre todo, pagó tan heroicamente su tributo en el Calvario, concurriendo con El á darnos la vida con la desgarradora participacion de sus padecimientos y de su muerte; y que, en fin, conducida despues que El por los Angeles á la cumbre de la gloria, recibió toda la consumacion, toda la estension, todo el desarrollo y la dilatacion de su Maternal caridad en Aquel que es su Océano!

Sumergida mas adentro, unida mas íntimamente que ninguna otra existencia celestial al seno de Aquel que quiso nacer al mundo en su seno, y que es la Verdad y el Amor aplicados á la salvacion del mundo, ninguna otra debe ver como ella en esta verdad, ni experimentar en este amor nuestras miserias; nuestras miserias, por las que ella pasó en toda su amargura, y cuyo recuerdo, unido á su beatitud, debe formar en su corazon maternal la piedad mas misericordiosa. Inclínada hácia nuestra tierra, como una madre hácia el lecho de dolor de su hijo, recoge y previene nuestros gemidos, nuestros deseos, nuestros males, nuestras lágrimas, y presentándolas á su Hijo que las recibe, nos trae de El el bálsamo de sus gracias, el dictamo de sus consuelos, el alivio ó el apoyo de nuestras miserias, la satisfaccion ó la resignacion, y en todos los casos, la virtud, la paz, la vida y la salvacion eterna. ¡Con qué verdad, con qué confianza no debemos pues elevar hácia ella ese cántico invocador que pone la Iglesia en

nuestros lábios, y que se eleva tan frecuentemente en nube de tristeza, para recaer en rocío de consuelo! «Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. ¡Dios te salve! A tí llamamos los desterrados hijos de Eva; á tí suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas, Ea, pues, Señora, abogada nuestra; vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos; y despues de este destierro, muéstranos á Jesus, fruto bendito de tu vientre.»

¡Cuán desdichada es la heregía, y cuán duro, falso y desnaturalizado es el rigorismo mal humorado de los censores de nuestra devocion á María, para no comprender, sentir y gustar todo lo que hay de filosóficamente verdadero y de dogmáticamente justificado en esta doctrina! ¿Qué es lo que les extraña, pues, tanto en ella? ¿Es el titulo de *Abogada* que damos á María y que damos tambien á Jesucristo? Titulo, se dice, que los confunde, tanto mas, cuanto que agregamos á él el de *Mediadora*. Pero ¿no hemos disipado ya esta objecion en lo que es comun á María y á todos los demás Santos, ó bien, se puede rehusar á esta Virgen Santa lo que se concede á estos y á los simples fieles que viven en el mundo? Necesitamos repetir con San Francisco de Sales: «Su Hijo es nuestro Abogado, y ella es Abogada nuestra, pero de muy distinto modo; cien veces lo he dicho: El Salvador es Abogado de *justicia*, porque defiende nuestro *derecho*, fundado en la redencion. Pero la Virgen, así como los Santos, es Abogada de *gracia*, porque defiende, ó mas bien implora nuestro *perdon*, y nuestro perdon por la pasion del Salvador, á cuyo efecto agrega sus súplicas, *no á las suyas, sino á las nuestras.*»

Esto es suficiente y superabundante para quien quiere comprenderlo.

IV. Pero ¿cómo hacer pasar estas otras espresiones aplicadas á una criatura, *vida, dulzura y esperanza nuestra*; sobre todo, cuando se halla confirmado su sentido absoluto con estas otras, dirigidas frecuentemente á María: *¡amparadnos, salvadnos!*

Tambien hemos contestado á estas objeciones, afectados por la persistencia de los que las reproducen.

Ya hemos dicho que hablábamos así á María por *elipsis*; la *elipsis* es el lenguaje del corazon, y el culto de María parte del corazon. Este lenguaje se comprende mejor que en cualquier otro, aplicado á ella, y si es necesario, se corrige por la relacion tan estrecha que manifiesta unirla á su Divino Hijo, y que nos hace hallar en él el sentido esplicativo y justificado de lo que seria escesivo, no deteniéndonos mas que en María, conforme á esta preciosa frase que citó ya San Agustin: *Si Mariæ non congruit, congruit Filio quem genuit*; si esto no conviene ó corresponde á María, le conviene ó corresponde al Hijo á quien engendró.

Pero, hay mas; ya hemos demostrado que corresponde á María, con la doctrina esencialmente cristiana de la *cooperacion* de los Santos y de los simples fieles á la obra de Jesucristo. Esta doctrina, eminentemente filosófica, ha sido suficientemente espuesta en su aplicacion general á todos los escogidos, desde el Angel, cuyo ministerio de *socorro, salvacion y liberacion* interviene con tanta frecuencia en la historia de la Religion, hasta el Apóstol, que escribia á los fieles que se amoldaba todo á todos para *salvarlos á todos*, hasta aquellos mismos fieles que pueden, que deben *edificarse y salvarse* unos á otros, y *redimir* sus propios pecados, y *salvar* su alma de la muerte. Así, ya hemos dicho que todos los miembros de Jesucristo son, en diversos grados, unos respecto de otros, segun la elevacion de su ministerio y de su santidad, *causas segundas* de la vida de Jesucristo, cooperadores, conductores, y como Sacramentos de esta vida sobrenatural que se verifica en el seno de la humanidad.

Esta doctrina se aplica por sí sola á la Santísima Virgen. María debe ser la cooperadora, la conductora de la vida de Jesucristo al cuerpo de la Iglesia, en razon de la elevacion de su ministerio y de su santidad. Ahora bien; ¿cuál es este ministerio y esta santidad? Es el ministerio y la santidad de Madre de Dios; es decir, tales cuales era necesario que fuesen para que nuestro Autor, Jesucristo, quisiera, no solamente dar por ella su vida á la universalidad de las criaturas, sino tambien tomar El mismo la nuestra en su seno. Si el simple fiel es una causa segunda de la vida de Dios en la Iglesia,

¿qué será, pues, respecto de la misma Madre de Dios, de aquella cuyo *Fiat* le atrajo del cielo á la tierra, le dió el primer nacimiento y le introdujo en el universo? De aquella, dice San Ireneo, cuyo *consentimiento* se requirió para esta grande obra, porque quiso Dios que fuese el principio de todos los bienes: *¿Quia nempe vult illam Deus omnium bonorum esse principium?*

Y lo que fué una vez María en la tierra, lo es siempre, como ya lo hemos consignado, lo es mucho mas aun desde lo alto del cielo. De suerte que María, por esta elevada é incomparable relacion con la fuente, con el origen, es la primera que vive con la vida divina é influye para que se derrame y difunda en la Iglesia, con la misma superioridad y la misma plenitud que le hicieron producir por primera vez á su Autor. «Esta abundancia de gracias es tal, dice el Angel de las Escuelas, que no solamente se vé la Virgen colmada de ellas, sino que le quedan aun para distribuirlas á todos los hombres: *non solum in se, sed etiam quantum ad refusionem in omnes homines*. Mucho es ya, dice Santo Tomás, que haya tenido cada Santo tantas gracias como se necesitan para salvar á muchas personas; pero si tuviera cuanto se necesita para la salvacion de todos los hombres, seria la mayor de todas las plenitudes, y esta es la plenitud que se encuentra en Jesucristo y en la Bienaventurada Virgen: *et hoc est in Christo et in beata Virgine* (proporcionalmente, no igualmente, en Cristo como fuente y origen, en María como reservatorio); porque en toda clase de peligros puede encontrarse en ella salvacion; en toda clase de combates, auxilio; por eso dijo de si misma esta Virgen gloriosa: *En mi existe toda esperanza de vida y de la virtud* (1).»

Cada Santo, aun cuando vive en la tierra, produce en torno suyo cierta aureola de santidad, cierta emanacion de la gracia que él lleva, y que basta algunas veces para obrar milagros de conversion en las almas y de salud en el cuerpo. No porque tenga él esta gracia en origen y principio, sino en

(1) S. Thom. Opusc. 8.

comunicacion y reverberacion para su salvacion y la de sus hermanos. Este mismo Santo, elevado á la gloria, tiene una accion de gracia y de vida mucho mas poderosa, porque se halla en relacion mas perfecta con el Autor de la gracia y de la vida. Pero, por grande que sea este poder, es solo parcial y mediato, con posterioridad al de la Santísima Virgen, en quien es plenario é inmediato, como corresponde á aquella que fué la primera que recibió y que dió al mundo á Jesucristo entero, y que siendo siempre Madre, como El siempre Hijo, continúa recibéndole y dándole con la misma universalidad y la misma plenitud, desde toda la elevacion de la beatitud y de la gloria.

En una palabra, si es cierto que la accion de los Santos en el mundo es en razon de su santidad y de la relacion que les dá con Jesucristo, María tiene una accion que, bien sea por su estension, bien por el carácter de su santidad, reúne y domina por sí sola toda la que se halla repartida entre los Angeles y los hombres. Considerada en su estension esta santidad, es tal como ha debido serlo para mantener la mas prodigiosa de todas las relaciones de la criatura con el Criador, la relacion de *Madre de Dios*; y considerada en su carácter, esta santidad recibe de esta divina Maternidad una impresion y una forma que le hacen mas agradable á su Autor. De suerte, que no solamente es María Madre de Dios, sino Santa, á proporcion de esta dignidad; y no solamente es Santa en esta prodigiosa medida, sino Madre por el carácter y la forma de esta santidad, santidad maternal, maternidad santa, que se penetran y se consagran recíprocamente para hacer de María un cielo aparte en los cielos, á donde se dirigen todas las súplicas de los hombres, como á su mas propicio acceso cerca de Dios, y de donde irradian en la Iglesia y en el mundo la vida, la gracia y la virtud, por la reverberacion inmediata de su sol y de su foco.

Dirijámosle, pues, con Andrés de Creta esta bella invocacion que resume en pocas palabras todo este discurso: Subid á la par; aplacád al Señor para la obra comun de sus manos. Porque, mientras os hallábais en la tierra, os poseía una sola porcion de esta tierra; pero desde el momento en que fuís-

teis trasladada al cielo, contiene en vos el universo entero su comun propiciatorio. ¡Oh peana de la vida, y vida de los vivientes, y causa de la vida! *Abi in pace, placa Dominum pro communi figmento. Nam quamdiu versabaris in terra, te habuit parva terræ portio; ex quo autem translata es e terra, te universus mundus continet commune propitiatorium. ¡O, vitæ suppeditatrix et vita viventium et causa vitæ!*

CAPITULO V.

Resúmen de esta primera esposicion.—Conclusion en respuesta á una antigua objecion renovada en nuestros dias.

§. I.

Creemos haber establecido la perfecta racionalidad del culto de la Santísima Virgen, esponiendo sus verdaderos caracteres y rectificando todas las falsas interpretaciones que han podido darse á esta materia. Una vez fundado el sistema cristiano, de él se deduce este culto tan lógicamente, realiza tan escelentemente los principios que se hallan contenidos en aquel, satisface tan completamente las concepciones que de él resultan, enriquece, por decirlo así, á la doctrina cristiana con acordes tan puros, tan llenos, tan consonantes; en una palabra, traba tan perfectamente todos los miembros del sistema, que la verdad general del Cristianismo halla en él una de sus manifestaciones mas evidentes, y el error de la heregía una de sus mas concluyentes convicciones.

La teoría general, tan bella como rigurosa, sobre la cual reposa esta esposicion, es que la criatura, por la misma revelacion que la ha despojado del culto de adoracion que antes se le tributaba, ha sido honrada con un culto de honor que, al mismo tiempo que la glorifica, la sujeta á Dios, por respeto al cual le es dado este culto, como á el Autor de su sér, de su ennoblecimiento y de su gloria: que por consecuencia este culto, lejos de esponernos á la idolatría, nos preserva de ella, y que el rehusarlo es negar á Dios la gloria que le resulta de sus propias obras, es entregar estas á todos los mú-